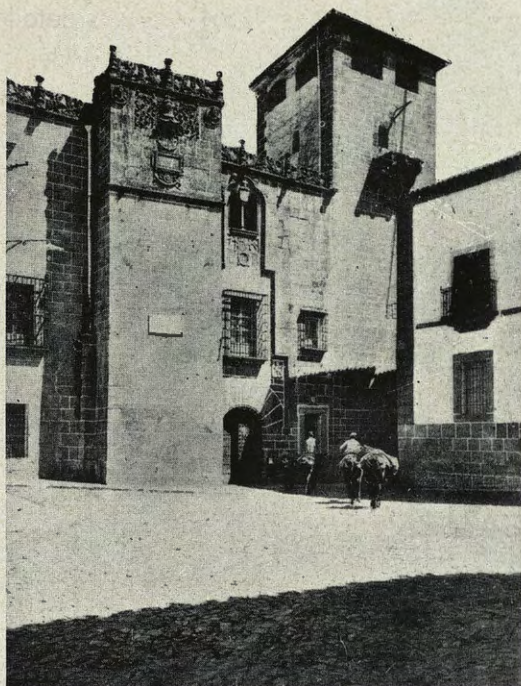




Cáceres. Casa de los Golfines.

CUESTIONES DE ESTÉTICA: CÁCERES LA IGNORADA

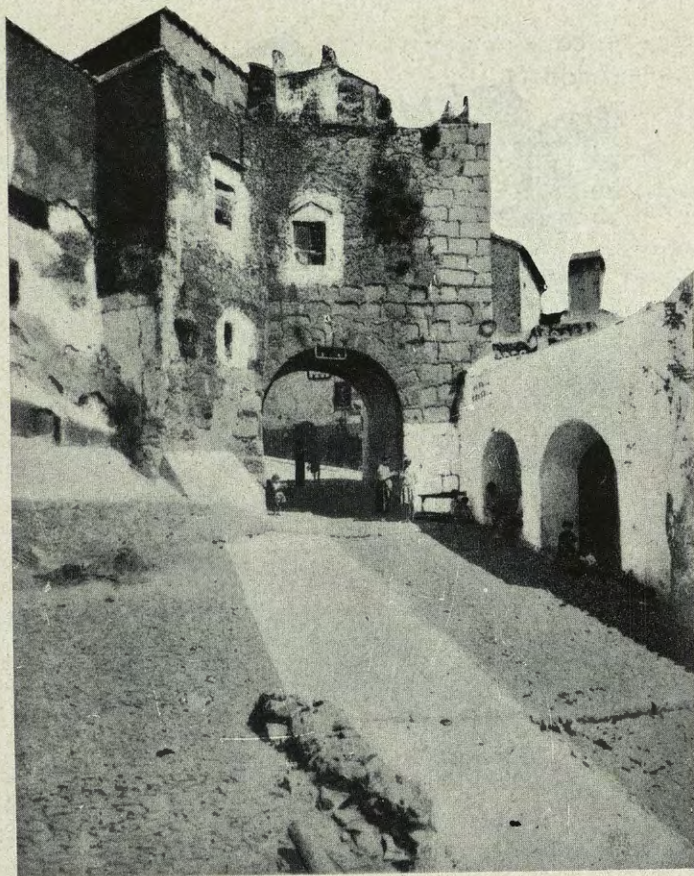
(UNA CIUDAD DEL SIGLO XVI EN NUESTROS DÍAS)

Cáceres posee en su recinto amurallado uno de los conjuntos arquitectónicos, evocadores de grandezas pretéritas, más notables de Europa, y, a poco que en su beneficio se hiciera, podría afirmarse que del mundo entero.

Europa, y casi España entera, ignoran a Cáceres. Para Extremadura, y quizá para la mayoría de los cacereños, la Cáceres histórica ha perdido, en fuerza de saberse y admirarse, el vigor de sus tintas y sus perfiles, y se hace preciso que ojos extraños la contemplen, sin ser avaros de la emoción experimentada, para que cobre de nuevo todo el realce de su primitivo valor. Pero es necesario, además, que así sea, y debe ser-

lo, sobre todo, para el arquitecto joven, que ha de sentir en su ánimo decidido empeño por cultivar artísticamente el espíritu de las masas para enseñarlas a conocer el verdadero arte y ejercitarlas en su respeto y reverencia, que esas masas son la opinión que luego sancionan nuestras obras y las que, con su incompreensión e ignorancia, hacen posibles los atentados de lesa arte y el estancamiento, en el orden arquitectónico, del progresivo avance que mejora la vida de la vivienda y de las ciudades.

Repitámoslo. Cáceres posee en su recinto amurallado uno de los conjuntos de arquitectura histórica más notables de Europa. Y añadamos ahora que ese conjunto es nada



Cáceres. Casa del Cristo.

menos que una ciudad viva del siglo XVI con todo el cortejo de civilizaciones pretéritas, desde los restos musulmanes de su alcázar, desde el palacio-fortaleza trecentista, de macizos cubos almenados y diminutos ajimeces, como aspilleras de combate, hasta las exquisitas mansiones de finales del XV y los últimos palacios del Renacimiento; todo ello articulado en tan magnífico conjunto urbano, con tal variedad de matices, desde lo popular hasta lo suntuoso, que no hay rincón, ni calle, ni plazuela en que no se perciba la plena sensación de que estamos viviendo la vida de lejanas centurias. Y esto es lo que aquí quiero destacar: todo lo restante que pueda decirse sobre Cáceres está dicho en cualquier guía de la ciudad.

Para Cáceres, como para todas las ciudades de arte, lo esencial, lo que les presta la máxima categoría de ciudades emocionales, es el espíritu de su ambiente, y éste

no lo define la individualidad de cada uno de sus palacios, iglesias o murallas, sino el colectivismo de todos, y con él, hondamente adherido, algo que no es tangible porque no es nada, y, sin embargo, lo es todo: el juego de volúmenes que componen aquéllos, los ámbitos que determinan, los polígonos de cielo que recortan, las masas de luces y sombras que proyectan.

Y esto es lo que no se alcanza a comprender todavía. Preocupa, cuando más, a la opinión que se salve un cuadro, una joya, una fachada, un edificio; en cambio, nada importa que se desdibuje el girón de luz que alumbra una calleja, o que se deforme un escorzo, o se oculte una perspectiva, o se borre un reflejo, sin advertir que si aquéllo es el ornato, estotro es el rasgo fisonómico, el matiz espiritual en que se plasma la entraña misma de la urbe.

Más perdería Toledo en emoción, por

ejemplo, construyendo una casa de las que el mal gusto califica de "modernas", en la plaza de Santo Domingo el Real o alzando un mirador de hierro sobre cualquiera de sus evocadores pasadizos, que maltratando el Hospital de Santa Cruz. Y más la Alhambra alterando la humilde y a la vez magnífica vetustez de su arquitectura exterior, que despojando cualquiera de sus estancias de los maravillosos alicatados y azulejos que la decoran. Y más Bruselas, o Brujas, o La Haya, si una urbanización absurda perforase esos recintos sagrados que se llaman la Gran Plaza, la plaza Memling y el Binnenhof, que si mutilasen cualquiera de sus edificios notables.

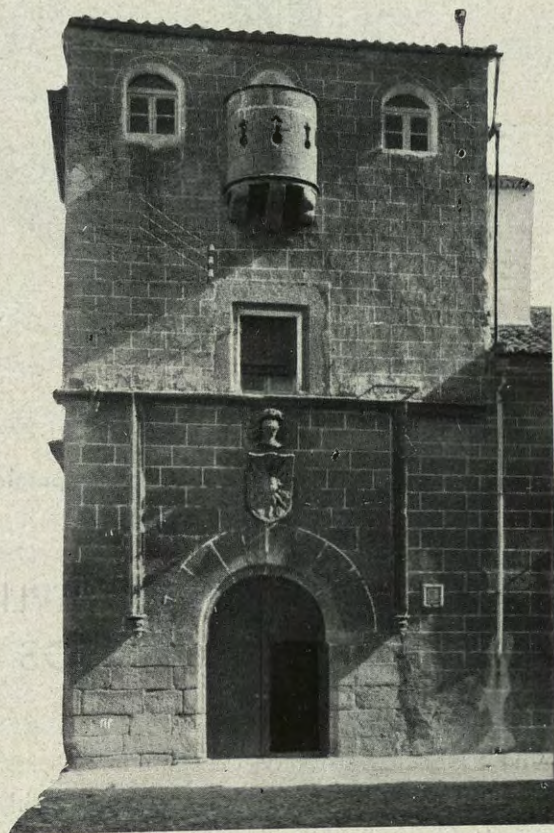
Por eso, al sentir la emoción de Cáceres, he querido destacar sobre el prestigio aislado de cada uno de sus ejemplos de arte, la vibración espiritual del conjunto cívico integrado por ellos, ese aliento de gloriosa epopeya que aún vive adormecida en cada rinconada, entre la ruina de adarves y bastiones, bajo el sombrío voladizo de los audaces matacanes, o que brota al son blando y pausado de nuestros pasos por las enverdecidas piedras de calles y plazuelas.

Y hasta tal punto es así, que Cáceres no sería apenas nada si desglosáramos cada uno de sus elementos de arte y los distribuyéramos por entre el fárrago de la ciudad nueva: murallas, palacios, iglesias, existen en cada villa de abolengo. En cambio, lo es todo porque pueden aquéllos contemplarse dentro de ese magnífico recinto, intangibles a la vida actual como en un remanso del tiempo en la Historia. Y este es el privilegio y la razón de la supremacía de Cáceres sobre muchas de las más notables ciudades de arte: que para éstas, aun para las mejor conservadas, la vida actual discurre entre los restos de sus pasados esplendores rozándolos y adulterándolos inevitablemente, sin lograr que salgan indemnes de los egoísmos de aquélla y de la incomprensión o de la torpeza de los hombres, sino los edificios de mayor notoriedad, y para eso, casi siempre enmedio de un cortejo de aberraciones "modernas" (?), absurdas en el me-

jor de los casos, por inadecuadas en tales cercanías.

Lástima grande que para todas esas ciudades de arte no pudiera lograrse lo que a Cáceres le fué deparado por el destino: el aislamiento de los torpes contactos, no modificándolas y condenando a muerte a sus ciudadanas, sino proporcionándoles vida adecuada y creando, de por fuera, la ciudad "actual", la ciudad "nueva", la ciudad "modernísima", a cuya sombra pudiera eternizar la otra sus pasadas grandezas. Y en lo que a Cáceres se refiere, que alguna vez pudiera despojarse su recinto histórico de tal cual estorbo, como el edificio contiguo al palacio de los Golfines, que, con su mole fría y destartalada, quiebra uno de los más notables conjuntos de la ciudad, y, con el tránsito de público y oficinistas, el ambiente de señorial recogimiento que allí se respira.

ALFONSO JIMENO, Arquitecto.



Cáceres. Casa del Sol.